—Dadme cualquier cosa—repitió con exaltación creciente—, algodón, lana, unos pingajos de tela, no importa qué.

Todos le creyeron loco; pero sin pararse á combatir aquella equivocación, él con mano firme desgarró una de las colgaduras del lecho y se hizo un turbante de gran espesor.

Después, retrocediendo algunos pasos para tomar carrera, dijo con voz tonante:

—¡Es preciso salvar á madame Fondant ó morir!

La familia de Silvio Pellico, á quien llamaremos desde ahora el Gran Jefe de los Ancas, le vió atravesar el espacio.

Su cabeza fué á chocar contra la vidriera del taller de ribeteadoras de botinas, haciéndola menudos pedazos.

Para evitar aquel choque, necesario para la realización de su empresa, era para lo que había pedido los trapos.

CAPITULO X

El agua que cambia las fisonomías.

Gracias á su precaución de hacerse un turbante con las cortinas del lecho, el noble Mustafá entró en casa de las vecinas por la ventana, sin sufrir otro daño que un ligero aturdimiento.

Ni la oreja del viejo, recientemente pegada, padeció detrimento alguno.

Para explicar la desesperada resolución que implicaba aquella acción, nos es indispensable retroceder un poco.

Después del relato de Elvira de Rudelame, la nuera de la Condenada, la gerente había hecho te y una tostada y se dedicó á poner la mesa.

Mientras realizaba estas operaciones puramente domésticas, Boulet-Rouge, siempre perplejo, buscaba en su mente los medios de destruir al recién nacido.

Carapace y Arbol seco daban vueltas á sus pulgares, hablando de los múltiples acontecimientos de aquella jornada.

De pronto el aroma del te penetró en la estancia por las rendijas de la puerta.

Boulet-Rouge dilató las ventanillas de la nariz y dijo:

—Voy á colocar al niño vivo en el ataúd. Al duque le gustará probablemente más verle así para gozar de sus sufrimientos. Vamos á tomar una taza de te.

—¿Piensas en tal cosa?—dijo Lina—. ¿No ves que nuestros semblantes son demasiado conocidos?

—¿Te olvidas del agua que cambia las fisonomías?—le interrumpió Boulet-Rouge, encogiéndose de hombros—. Jamás me abandona, por lo que pueda ocurrir. Acercáos; voy á haceros completamente desconocidos.

Diciendo esto, sacó del bolsillo de su chaleco un pomo de tapón esmerilado, y vertió en el hueco de la mano algunas gotas de un licor amarillento y de penetrante aroma.

Cuando hubo pasado aquella preparación por sus facciones, éstas cambiaron súbitamente.

Arbol seco y Carapace sufrieron una transformación idéntica.

Los tres quedaron trocados en otros tantos honrados burgueses, de fisonomía apacible y bonachona.

Boulet-Rouge volvió el pomo de tapón esmerilado al bolsillo, diciendo:

—La farmacia hace extraños progresos. Hoy se venden píldoras graduadas del 1 al 43, que por cierto no cuestan caras. El número 1 mata en un segundo; el 2, en dos días; el 3, en cuatro; el 8, en una semana, y el 30 en un mes. Cada caja va acompañada de un seguro, en que se garantiza la devolución del importe y su indemnización en caso de retraso... ¿Estáis prontos?

—¿Y qué vamos á decir?

—Asentir á lo que diga yo, y basta... ¡En marcha!

Las ribeteadoras de botinas, y sobre todo Elvira, se estremecieron á la vista de los tres ratas del impace de Guemensí, que entraban por una habitación que no tenía puerta de acceso.

El agua que cambia las fisonomías había producido efecto tan maravilloso, que ni la misma Elvira los reconoció.

No obstante, ella á todo evento había cuidado de taparse la cara con un espeso velo.

Messa, Salí y Lina, saludaron con la más exquisita cortesía.

—¿Quién sois?—preguntó la gerente con alguna desconfianza.

—Simples transeuntes—respondió Boulet-Rouge con amabilidad.

—¿Habéis entrado por la ventana?

—Precisamente.

Entonces Boulet-Rouge refirió con afectación de sencillez el modo como había sido lanzado por la explosión á treinta y dos metros sobre el nivel de los tejados, y cómo había logrado asirse á la barandilla del balcón.

Como aquello era tan inverosímil por lo menos como las aventuras consignadas en el folletín del *Petit-Canard*, parte de las tiernas imaginaciones de las Anardas, Irmas y Armandas, encontraron aquello la cosa más natural del mundo.

La gerente se levantó, no obstante, para abrir á los desconocidos la puerta de la escalera.

Pero como no era aquello lo que deseaban los Azotes de la capital, Boulet-Rouge, exclamó con plácida sonrisa:

—Somos tres buenos burgueses, bien acomodados y hasta ricos, y ya que la casualidad nos ha conducido hasta lugar tan encantador, ¿por qué no esperar que este acontecimiento inesperado tenga agradables consecuencias? Solteros los tres, buscamos en París á quien ofrecer nuestra mano y nuestra posición.

—Siéntense, caballeros—se apresuró á responder la gerente.

Los ratas del impace de Guemensí, tomaron asiento alrededor de la mesa.

Boulet-Rouge ponía gran cuidado en disimular el ataúd infantil que hubiera podido venderle.

Una franca alegría, llena del más discreto abandono, reinaba en apariencia en el taller; pero Boulet-Rouge cambiaba entre tanto sangrientas miradas con su cómplice.

Todas aquellas simpáticas jóvenes estaban condenadas á muerte por su imprudencia.

Al cabo de un cuarto de hora, Boulet-Rouge, exclamó:

—Ya podréis haber apreciado la bondad de nuestros caracteres. Prescindamos, pues, de trámites enojosos y celebremos nuestras bodas en seguida.

—¡Ay de mí! —pensó Elvira bajo su espeso velo—. ¡Tampoco perdimos nuestro tiempo el hijo de la Condenada y yo!...

Y su tierna imaginación la recordó los detalles de su noche de bodas.

Messa, Salí y Lina, eran tres malvados sensuales y de no muy puras costumbres, que unían cuanto les era posible, al sangriento asesinato la menos excusable de las orgías.

Como personas prácticas, retiraron, en menos tiempo del que se emplea en decirlo, la mesa de trabajo, á fin de dejar sitio, y muy en breve el taller de las ribeteadoras de botinas se convertía en teatro de baile de sociedad excesivamente libre, en que los movimientos más atrevidos alternaban con chistes y galanterías que no hubieran

pasado por de buen gusto ni en la más inmunda de las tabernas de las barreras.

Aquella modesta fiesta de familia debía influir de una manera decisiva en el carácter y en el porvenir de más de una Anarda, Irma ó Zulema.

Algunas de aquellas jóvenes descubrieron en sí mismas disposiciones coreográficas que no habían sospechado hasta allí. Más tarde tuvieron un éxito loco en las distinguidas sociedades *El Saltamontes* y *La Cucaracha*, por su atrevida manera de recogerse las faldas. ¡Nadie sabe dónde está el momento de revelarse una vocación!

Elvira era la única que no se sentía á gusto allí.

A fin de tener más libertad de movimientos, Boulet-Rouge dejó sobre la mesa el ataúd; pero tal era el placer que sentían todas aquellas inconscientes naturalezas, que nadie reparó en tal cosa.

Después de una polka un poco viva y de un can-cán no muy ajustado á las reglas que imponen las conveniencias sociales, las Irmas, las Anardas y las Amandas pidieron de beber.

Con una mirada rápida Boulet-Rouge reunió en torno suyo á sus compañeros y deslizó estas palabras en sus oídos:

—¡Ahora el elixir funesto!

Después, en voz alta y dirigiéndose á las damas, exclamó:

—Hay un licor delicioso inventado en la paz y el silencio del claustro por santos religiosos. Nosotros tenemos encima unas pequeñas muestras. El rom se ha acabado, y el té sin alcohol es un brebaje insoportable. Permitid que paguemos nuestro escote ofreciéndoos una gota de este licor, muy superior á los que fabrican los Benedictinos y los PP. de la Chartreusse.

—Pagad cuanto queráis—respondieron las alegres señoritas—. Cuanto más, mejor.

Entonces Lina sacó de su bolsillo la siniestra botella lacrada, mientras que Messa y Salí alargaban sus vasos de metal argelino.

Las desgraciadas jóvenes acercaron las tazas que les habían servido para tomar el té.

Pero entonces de debajo de la mesa del fondo del ataúd infantil salió un débil gemido.

¡Quién no conoce el corazón de las madres!

Aquel grito bastó para recordar á Elvira el reciente nacimiento de su hijo.

De un salto se puso de pie, se arrancó el velo y se lanzó, semejante á una leona, á la estancia en que estaba la cuna.

Su acción había sido rápida como la del rayo, pero no por ello pasó inadvertida para Boulet-Rouge.

El malhechor imitó el canto de la abubilla llamando á sus pequeñuelos.

Arbol seco y Carapace conocían aquella señal que anunciaba una peripecia imprevista.

Boulet-Rouge, les dijo:

—El velo espeso ocultaba á la nuera de la Condenada. El heredero combinado de la inmensa fortuna de los Rudelame y de las magníficas economías del doctor Fondant está en mi ataúd.

En aquel momento la infortunada Elvira, al encontrar la cuna vacía, lanzó un horrible grito de dolor.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

A aquel grito respondió desde el otro lado de la calle y saliendo del fondo del retiro del venerable Silvio Pellico otro grito.

El del generoso Mustafá pidiendo trapos.

¡Todo lo había visto!

Con una sola mirada y á favor de un rayo de luna había reconocido á la joven madame Fondant y á los tres fieras de los impaces: Messa, Salí y Lina.

Debemos hacer notar aquí que el agua para cambiar las fisonomías no tiene efectos duraderos, siendo preciso renovarla con frecuencia.

Los tres ratas, por otra parte, viendo que la catástrofe se acercaba, no se cuidaron ya de ocultar sus malévolos designios.

En el instante en que Mustafá se fijaba en ellos, sacaban de sus bolsillos sin tomar ya precaución

alguna por recatarse, puñales, armas de fuego, mazas, llaves inglesas, bolas, ganchos, cuerdas de extrangulación, escalas y hasta cierta cantidad de carbón de cok para producir la asfixia.

Ya sabemos cómo el eminente cochero de plaza se arregló para franquear la anchura de la calle de Sevigné y penetrar, semejante á una bala de cañón, á través de la vidriera, sin hacerse mal alguno.

Lo que no sabemos es si antes de penetrar en el taller se desembarazó de los trapos usados que le servían de turbante.

¡Quién es capaz de comprender el efecto producido por su aparición inesperada en el ánimo de los tres Azotes de la capital, sorprendidos en el pleno ejercicio de su culpable industria!

La cabeza de Medusa, la estatua del Comendador, no hubieran causado mayor espanto.